

dad de Alfonso VII y de las facciones que defendían al Rey de Aragón y á doña Urraca de Castilla. Contradicción singular la que forman la vida de Escosura y sus aficiones é ideas, unidas por el sello de la exaltación y la versatilidad, con el embarazo premioso de casi todos sus escritos en prosa y en verso. Para no salir del ejemplo presente, quizás no hay uno entre nuestros imitadores de Walter Scott que más de cerca lo haya sido en la templanza constante de la narración, degenerando á menudo la templanza, y esto es lo censurable, en pesadez y desmayo.

No contaba más que veintiséis años de edad cuando publicó su segunda novela histórica ¹, comenzada en Madrid pero cuya mayor parte escribió, según él mismo nos advierte, *en un rincón de Andalucía*, donde se encontraba confinado á consecuencia de los trastornos políticos. Trazar el cuadro de la España del siglo XVI, y principalmente del reinado de Felipe II; escoger para ello un tema tan socorrido é interesante, tan lleno de peripecias dramáticas, tan indeciso y fantástico como la historia del falso D. Sebastián de Portugal; cautivar á los lectores del año 35 con anatemas anti-inquisitoriales y ditirambos de filantropía melosa, y tender por encima de la máquina novelesca el velo de Cupido: tales fueron en caótica mezcolanza los recursos beneficiados por Escosura. El supuesto vencido de Alcázarquibir, ó séase el pastelero de Madrigal; sus confidentes doña Ana de Austria y el capellán de las monjas agustinas Fr. Miguel de los Santos; el caballero segundón D. Juan de Vargas, convertido casualmente en adalid de la insurrección contra el Monarca español y en novio de doña Inés, una cuñada del misterioso aspirante á la corona de Portugal, Felipe II y el

¹ *Ni Rey ni Roque, episodio histórico del reinado de Felipe II. Año de 1595.* Madrid, 1835. Cuatro tomos. (Colección de novelas de Repullés.)

alcalde instructor del proceso contra los conjurados, D. Rodrigo de Santillana: todos estos personajes deben muy poco á la imaginación del novelista, y los que realmente existieron aparecen además torpemente desfigurados. Nótase, en fin, un rasguño que denuncia al liberal trabajando *pro domo sua* en la circunstancia de ser los protestantes castellanos alentadores de la abortada guerra que había de separar á Portugal de España. Parece que á Escosura le pesaba demasiado la tarea paciente de la investigación, y se iba torciendo á la vereda llana de los enredos inverosímiles pero complicados, y á la explotación de un público fácil de contentar. El medio que utiliza en las más de sus novelas (comenzando por *Ni Rey ni Roque*) para mantener siempre despierta, y bajo la impresión de un estímulo irresistible, la atención de los curiosos, es invertir los términos del relato y ofrecer desde las primeras páginas, y envuelta en la penumbra del misterio, una parte de lo que ha de constituir la solución final.

Transcurridos largos años de silencio, dió á luz consecutivamente *El Patriarca del Valle* ¹, *La Conjuración de Méjico ó los hijos de Hernán Cortés* ², y una serie de *Estudios sobre las costumbres españolas* ³.

¹ Madrid, 1846-47.

² Madrid, 1850.

³ Publicados primero en el *Semanario Pintoresco Español*, y después en volumen aparte. (Madrid, 1851.) La parte principal de la obra quiere ser pintura de la sociedad española en los últimos tiempos de la Monarquía absoluta. Los antecedentes de la acción comienzan en el matrimonio del magistrado D. Fadrique Vargas con una camarista á quien desdeña, enamorándose perdidamente de una gitana salvada por él de la muerte. Los dos criminales amantes y su hija Matilde, enemistados entre sí y únicamente unidos por el deseo del mal, son los héroes de una trama intrincadísima. Interviene también en ella un Tenorio *de buenos sentimientos*, que requiebra y hace infeliz á una de las hijas legítimas del D. Fadrique, pero que descubre las infamias de Matilde y de su madre, y desengaña á un inexperto adorador de la primera, ya casada con un marido que ve muy tarde y sin remedio el abismo de su deshonra. La misma naturaleza de los sucesos referidos en estos *Estudios* hace poner en duda la exactitud de los retratos que nos ofrecen de reuniones aristocráticas, escenas de garito, aventuras de encrucijada é increíbles lances domésticos.

Juegan en *El Patriarca del Valle* las pasiones políticas que á la larga engendraron la primera guerra civil, y da á la acción vislumbres y aliento de poema el simbolismo de otra episódica personificada en un As-haverus sedentario, en Probo, convertido por el Apóstol San Pablo y esposo de Marta, del que proceden como vástagos de secular dinastía los Simones de Valle-Ignoto. La extinción de la misma con la muerte del primero y último de sus representantes, verificada en la horrible hecatombe de 1834 dentro de los muros de San Francisco el Grande; el matrimonio de Luis Rivera con Laura, Duquesa de Valle-Ignoto, ¿no figuran algo así como la renovación de la España antigua por el advenimiento de otras ideas y otros hombres? De advertir es que Escosura no se produce como reformista y sectario, sino más bien, y hasta donde lo permite el velo de la alegoría, como narrador que simpatiza con el espíritu de lo pasado.

La segunda intención que supongo en el novelista es el único medio de hacer explicable un hecho que de otra manera entraría en los límites de lo absurdo: la existencia de ese monumento humano de arqueología que se llama Simón de Valle-Ignoto, y de Marta su esposa, y Pablo su siervo. *El judío errante*, de Eugenio Sue, publicado en 1845, debió de ser el modelo de *El Patriarca del Valle*, porque también en la que tengo por copia alternan con las genealogías seculares las peripecias increíbles, los amoríos platónicos, los crímenes repulsivos, las casualidades afortunadas y toda suerte de contrastes dramáticos para jugar con el corazón de los lectores benévolos y sensibles. Laura, la primera mujer que aparece en la familia de los Valle-Ignotos, llega á ser, por equivocación, esposa de su propio hermano, es perseguida por una serie de traidores de melodrama, que con todos sus ardides diabólicos no consiguen impedir el matrimonio de la hermosa con el coronel Rivera, como no lo impiden tam-

poco la situación legal de Laura, ni las separaciones al parecer definitivas de entrambos, ni la sentencia de muerte que va á ejecutarse en el bizarro militar cuando el autor la suspende por uno de sus habituales recursos.

En medio de esta intriga fabulosamente complicada y de aquellos antecedentes preternaturales, van desfilando las figuras más culminantes de la política española en las cuatro primeras décadas del siglo XIX: los Reyes, los cortesanos astutos ó insignificantes, los políticos aventureros, los murciélagos de las logias, los conspiradores de oficio y algunos por partida doble, y los hijos de Apolo, como el joven Eduardo de la Flor, cuya byroniana fisonomía corresponde sin duda á la de Espronceda ¹.

De D. Serafín Estébanez de Calderón (*El Solitario*) poseemos una novelita muy corta ², que de 1838 acá no ha vuelto á reimprimirse, como ni se reimprimieron sus cuadros de costumbres andaluzas hasta hace muy pocos años, más que por exigencias del público, por la oficiosidad de algunos eruditos. En otra parte queda juzgado como estilista y pintor de costumbres; pero aquí como allí he de protestar contra la innecesaria importancia que se le atribuye, después de hacer extensivas á la forma literaria de *Cristianos y moriscos* lo que indiqué sobre la de otras producciones suyas. La misma falta de naturalidad, el mismo empeño de lucir primores y elegancias, con todo el séquito de sus peculiares dotes, se ven en esta sucinta relación de ciertos infelices amores entre un caballero cristiano y una morisca bautizada. El argumento pudo dar no

¹ Escosura volvió á convertir en materia de novela los recuerdos de su juventud al escribir las *Memorias de un coronel retirado*, de las que publicó dos episodios en la *Revista de España* (años 1868 y 1877).

² *Cristianos y moriscos. Novela lastimosa...* Madrid, 1838. No se publicó más que este tomo de la *Colección de novelas originales españolas*, anunciada en la de Estébanez.

poco de sí; pero después de exponerlo el autor á su manera y entre una ú otra descripción conmovedora, lo suspende de pronto y sin preparaciones, haciendo que caiga en un tajo profundo la Zaida ó María, y que se arroje al mismo el D. Lope de Zúñiga, y convirtiendo así en inverosímil y violento un desenlace tan eminentemente trágico. Achaca el último biógrafo del *Solitario*¹ á impaciencia y volubilidad andaluzas estos graves defectos, sin los que no sería para él Manzoni el único, ni quizá el primero, entre los rivales de Walter Scott, sino el autor de *Cristianos y moriscos*. Juicio inadmisibile en todas las suposiciones del mundo, y que no bastan á justificar algunas bellezas parciales; pues aunque Estébanez hubiese dado mayor extensión á su obra, aunque se descuenta la inferioridad de su estilo respecto del de Manzoni y se equiparen, sin merecerlo, sus descripciones á la de la peste de Milán y á otras sin número, todavía resultará inconmensurable la distancia que separa á *I promessi sposi* de cuanto escribió y pudo escribir el novelista malagueño, como no hubiera cambiado radicalmente de opiniones y de estilo.

Y no sólo él, sino todos los que lo fueron en España durante la primera mitad de este siglo, se quedaron muy por bajo de nivel tan elevado, aun los que descolaban en otros ramos de la literatura. Ya sabemos de Martínez de la Rosa que poseía maravillosa aptitud para adaptarse á los más distintos géneros, y sin embargo, hemos de tener como una excepción el de la novela á juzgar por el infelicísimo ensayo *Doña Isabel de Solís, Reina de Granada*². Estando en París, como él

¹ «*El Solitario*» y su tiempo, por D. Antonio Cánovas del Castillo. Madrid, 1883, tomo I, cap. VIII. «*El Solitario*», novelista.

² Madrid, 1837. La segunda parte se publicó en 1839, y la tercera en 1846. El argumento principal de toda la novela es la narración de la lucha entre los Reyes Católicos y los de Granada, con los disturbios interiores que precedieron á la conquista de esta ciudad. Lo referente á Doña Isabel de Solís se reduce á sus proyectados desposorios con D. Pedro Benegas, los cuales frus-

mismo dice, y viendo la extraordinaria aceptación con que eran recibidas en todas partes las obras de Walter Scott y de sus secuaces, entró en deseos de imitarlas, como imitó la tragedia pseudo clásica primero, y más tarde el drama romántico. Pero ¡qué imitación la suya tan sin gracia, qué escenas tan descoloridas, qué personajes tan inanimados, y cuántos tesoros de estudio y de erudición perdidas completamente por su torpeza! Porque no hay duda que, con su acostumbrada perseverancia, hojeó una y muchas veces cuantos libros podían suministrarle algún dato nuevo sobre la época que pretendía describir, y así lo manifiestan las infinitas ilustraciones y notas con que abroqueló su narración, como si fuera tanto hacerla verosímil como artísticamente bella. Por desgracia no hay allí estímulo para proseguir la lectura, y lo que no se ve se supone con facilidad antes de decirlo el autor; los episodios cansan en vez de entretener; las circunstancias más propicias para el desbordamiento de una pasión pasan inadvertidas casi siempre; y si á todo esto se añade lo embarazoso, innatural y rebuscado del estilo, puede formarse idea aproximada de lo que es y lo que vale *Doña Isabel de Solís*, comenzando por la heroína y concluyendo por Arlaja, su inspiradora, y por los personajes subalternos.

No es posible comparar esta novela con la que algunos años después publicó el malogrado Enrique Gil³, aunque hasta hace poco, y con evidente sinra-

tra una irrupción de moros en el castillo donde habían de verificarse: al viaje á Granada de la infeliz doncella cautiva: á su matrimonio con el Rey Muley-Hacén, enemistado por este motivo con Aixa, su primera esposa: á las inútiles reclamaciones de Benegas, y, finalmente, después de interminables episodios, á la reconciliación de Zoraya (nombre dado á Doña Isabel por los musulmanes) con el Dios de sus mayores. Lo que el autor añadió á los datos tradicionales es muy poco y muy vulgar, cuando no ostenta el sello de una candidez inverosímil.

³ *El señor de Bemibre*. Madrid, 1844. Reimpresa en el tomo I de sus *Obras en prosa... coleccionadas por D. Joaquín del Pino*

zón, la haya perseguido el silencio de la crítica, injusto en mi sentir. Cuando apareció *El señor de Bembibre* ya no era tan leído Walter Scott; y como, por otra parte, no se le parecía gran cosa en genio y aficiones el cantor melancólico de la violeta, no parece probable que le tomara por modelo, ni exclusivo ni principal, presunción que se confirma con la lectura de la obra. Ya advirtió uno de sus últimos editores, el señor Vera é Isla, la semejanza de argumento entre *El señor de Bembibre* y *The bride of Lammermoor* del incomparable autor escocés; pero como esta semejanza pudiera hallarse en muchos otros autores y las diferencias son en todo lo demás tan radicales y profundas, concluye fundadamente que no hay motivo para desconocer en Enrique Gil el mérito de la originalidad.

Ni cabe que sean imitados aquel tono tan suyo, tan uniforme é inconfundible, aquel sentimiento tan singular de la naturaleza, aquella transfusión de su propio ser en el de los personajes; todas las condiciones de poeta en fin, que en él se sobreponen á las de novelista, y las transforman y abrillantan. Doña Beatriz y D. Alvaro están hechos á su imagen y semejanza, coronados, como de vaporosa aureola, de un fulgor pálido é indeciso, que pone en sus frentes la desgracia inmerecida y pertinaz; y sobre todos los rasgos de su fisonomía, sobre las aventuras que les regocijan ó atormentan, sobre toda la trágica historia de sus amores, se destaca siempre una sombra de tristeza, origen de la simpatía espontánea que despiertan en el corazón. ¡Qué desgracia tan sin nombre! Ellos, á quien el cielo parecía haber dado *un alma partida en dos*, nobles, generosos y mutuamente enamorados, ven formarse en un momento las nubes de la tempestad que les hiere

y D. Fernando de la Vera é Isla. Madrid, 1883. Esta novela valió á Enrique Gil grandes plácemes del Barón de Humboldt y la gran medalla de oro del Rey de Prusia.

con un solo golpe definitivo y les separa con fiera inexorable. Don Alvaro pronuncia los votos de la religión sin borrar de su memoria el recuerdo de las pasadas alegrías y los frustrados ensueños, y doña Beatriz, por un conjunto de inexplicables circunstancias, creyendo muerto con grandes motivos al amado de su corazón, entrega su mano á un hombre indigno de ella y enemigo personal del supuesto finado.

Al desaparecer el muro de tantas dificultades como se oponían á la felicidad de los dos amantes, ¡qué pesar tan hondo causa el verla desvanecerse cuando apenas ha asomado en el horizonte, y el que se reproduzca tantas veces la decepción! Él, lanzado por su heroica intrepidez y por sus íntimas amarguras á la defensa de los templarios, preso en manos de sus enemigos sin lograr ninguno de sus deseos, y con la esperanza marchita en los floridos años de la juventud; ella, lacerada en lo más vivo de su amor por los consejos de sus mismos padres, viuda de un esposo á quien nunca pudo querer, conocedora por fin de que vive D. Alvaro, pero juntamente de la imposibilidad de su enlace, martirizada á la vez por las dolencias del cuerpo y las del alma: ¡qué cuadro tan desgarrador y tan profundamente sentido! Y cuando D. Alonso parte arrebatadamente á Viena para obtener del Papa la anulación de los votos hechos por D. Alvaro, y, después de obtenida, renacen las muertas ilusiones, ¡cuán horrible es verlas para siempre perdidas con la muerte de doña Beatriz! Digamos en honor de la verdad que esta predilección por el tono elegíaco, convertida en exclusivismo, tiene mucho de violenta; pero en nadie está tan justificada como en Enrique Gil, en quien semejante predilección aparece impuesta por el temperamento y obedecida con sinceridad candorosa.

Bellezas aisladas hay muchas y de subidos quilates en cada página, y en algunas parecen agotados la elegancia y los secretos melódicos del idioma castellano;

tal es la maestría de las construcciones y la numerosa cadencia de frases y cláusulas. Cuando el vandalismo universal de traductores y plagiarios nos inundaba con un aluvión de engendros agabachados, y hasta en los autores más cuerdos se divisaba la perjudicial influencia de las lecturas atropelladas, es mérito insigne el de una obra escrita con tanta pulcritud y tan extremado respeto á la pureza, corrección y galanura de la prosa.

Las descripciones son por lo común bellísimas, aunque un tanto sobrecargadas y monótonas en virtud de su mutuo parecido; pero con una monotonía que no cansa, porque siempre ofrece nuevos puntos de vista al gusto y á la admiración aun en pinturas tan trilladas como la del despuntar de un día primaveral, y las del crepúsculo de la tarde ó la venida del otoño. ¿Quién olvida nunca las riberas del Sil, el lago de Carucedo, las sierras de Agüiana, el castillo de Cornatel y los monasterios de Carracedo y Villabuena? La prolijidad y el entusiasmo afectuoso con que traza estos cuadros el autor, y juntamente el aplomo y el conocimiento de causa, producen una impresión tan duradera é imborrable como la que se siente en las novelas de Walter Scott. La época tampoco aparece desfigurada por los caprichos de la fantasía; y aunque algún reparo pudiera hacerse en el particular, todos los lineamientos esenciales, sin excluir la apología de los templarios españoles, son rigurosamente ciertos, ó por lo menos verosímiles.

Mucho aventaja ésta á todas las novelas históricas que la precedieron en España, y no es pequeña gloria para Enrique Gil ¹ el que su único competidor, encumbrado sobre él en todos conceptos, se llame Navarro Villoslada. Ciertamente que los paladares acostumbra-

¹ Antes que *El señor de Bembibre* publicó una mediana leyenda tradicional sobre *El lago de Carucedo*. (Coleccionada entre sus *Obras en prosa*, tomo I de la edición citada.)

dos á las salsas groseras ó mordicantes del naturalismo asquearían por empalagosamente dulzón el almíbar que destilan las páginas de *El señor de Bembibre*; cierto que no sentirán entusiasmo por los ángeles en carne los que sólo creen en la existencia de la bestia humana; pero ¡cuánto más disculpable es el exceso de poesía, de imaginación y de sentimiento, que la aridez prosaica y las repugnantes fotografías de la lujuria!

El frenesí por el género histórico engendró algunas otras obras de menor importancia; por ejemplo, *El auto de fe*, por D. Eugenio de Ochoa, indigesta compilación de horrores inquisitoriales; *El Dos de Mayo* y *Don Juan de Austria*, por el fecundo Ariza; *La casa de Pero-Hernández*, inacabable serie de apariciones misteriosas, crímenes infernales, trasgos y duendes de carne y hueso, en la que D. Miguel Agustín Príncipe pretendió acaso imitar al Vizconde D'Arlinecourt ó á Ana Radcliffe, venciendoles en el arte de amontonar catástrofes é inverosimilitudes; *El huérfano de Almonoguer, historia caballerisca española*, por D. J. A. de Ochoa, y alguna más con que pudiera aumentarse el catálogo. Las narraciones cortas que publicó por estos tiempos D. Isidro Gil en *El Laberinto* y el *Semanario Pintoresco*, especialmente la intitulada *El barbero de un privado*, indican una tendencia derivada de Alejandro Herculano, según mis suposiciones. Aseméjándosele tanto el presunto imitador, y estando por entonces en su apogeo la gloria literaria del insigne novelista portugués, no parece han de ser fortuítas las coincidencias, mucho más cuando nos consta de Isidoro Gil que conocía los autores de la nación vecina por haber residido en ella durante algún tiempo.

Aunque ya queda dicho que en Barcelona y en Valencia fueron traducidas é imitadas las obras de Walter Scott con el mismo ó con mayor entusiasmo que en la capital de España, todavía conviene re-

cordar entre los novelistas catalanes, ya que no á otros menos afortunados, al polígrafo D. Juan Cortada (1805-1868), el autor de *Tancredo en Asia* (1833), *La heredera de Sanguni* (1835), *El rapto de doña Almodis* (1836), *El templario y la villana* (1840), etc. En Valencia siguió al mencionado Cosca y Vayo D. Vicente Boix, autor de *El encubierto de Valencia* y *La campana de la Unión*; y en Mallorca escribía D. Tomás Aguiló las apreciables narraciones, á las que dió el título general de *Cuentos fantásticos*, y entre las que hay algunas exuberantes de sentimiento y de color local, como la rotulada *El Infante de Mallorca* (1841), que se aumentó después con una segunda parte, y por fin con otra tercera, original del insigne D. José M. Quadrado.

Tal fué en su primer período nuestra novela histórica, más fecunda en libros que en glorias legítimas, afeada por el estigma del extranjerismo y la trivialidad, á despecho de la suma de fuerzas empleadas en darle carta de naturaleza. Mientras contábamos con líricos y dramáticos eminentes, y la imitación era tan fecunda y tan española en este terreno, sucedía todo lo contrario en el de la novela; y no porque nos faltasen ingenios, ni porque nuestra épica historia nacional no les ofreciese asuntos tan dignos como los que en la de Italia y Escocia hallaron Walter Scott y Manzoni, sino por una serie de deplorables circunstancias que dejaron raquítica y sin vigor, con sólo algún brote lozano, esta planta traída de apartadas regiones. ¿Sería que la falta de historias completas, verídicas y documentadas, sobre todo en lo referente á las costumbres íntimas y á la manera de ser de nuestros antepasados, privase á los novelistas de cimiento sólido sobre que elevar el alcázar de sus creaciones ideales, exornado por las filigranas de la pluma? ¿Sería que, por no existir en la literatura española clásica guías y maestros que hubiesen seguido este rumbo, tropezaran las-

timosamente los que por primera vez lo emprendieron? Una y otra causa debieron de influir en el mediano éxito de las tentativas hechas para dar vida al género de Walter Scott en la patria del *Quijote*; si ya no es que el grandioso cuadro de nuestros triunfos y proezas, por su misma brillantez esencialmente exterior y objetiva, necesitaba el marco de la forma poética, tal y como se lo dieron los dramas del siglo XVII y las leyendas de Zorrilla.

